

### La milésima grulla

Como cada día desde hacía algo más de un año, Héctor se subía al autobús interurbano que lo llevaría a su lugar de destino, a la capital, a Sevilla. Como cada mañana, Héctor podía permitirse el lujo de elegir asiento. Y sí, como cada mañana, le aguardaba una grulla hecha de papel, concretamente con el billete de autobús, apoyada en la ventana y mirando al cielo como si quisiera volar, como si estuviera pidiendo a gritos una libertad que le había sido negada.

Sin embargo, Héctor no se la guardó en el bolsillo como de costumbre: se había propuesto escapar de la rutina. Aquel día, el pequeño Héctor se armó de valor, sacó el portalápices de su mochila y se aventuró a escribir en el ala de la pequeña ave : “¿QUIÉN ERES?”. Lo hizo con una letra temblorosa, fruto de la inseguridad que lo invadía. Seguidamente, el pequeño colocó el pájaro en el mismo lugar donde lo había encontrado.

Al contrario que las pequeñas grullas, el tiempo no parecía tener alas aquel día. Las horas pesaban como el plomo y el tiempo transcurría realmente lento para el impaciente niño. Una batería de preguntas inundaba la mente de Héctor: ¿Llegaría esa grulla a manos de su dueño? ¿Leería la pequeña pregunta que le había escrito en el ala? ¿Y si alguien retiraba al pájaro de su sitio? De repente, el miedo y la incertidumbre paralizaron al niño y, tras una noche en la que contó un gran número de ovejas, llegó el esperado siguiente día. El miedo seguía dentro de su pequeño cuerpo y estaba tan nervioso que tiró algunas monedas al suelo dentro del autobús. Se dirigió a su sitio y, como de

costumbre, allí estaba la pequeña grulla, en la misma posición de siempre. Sin embargo, muy a su pesar, el ala de la grulla era de un blanco immaculado. La tomó en su mano cuando, de repente, advirtió ciertos restos de tinta en el cuerpo. Lo desarmó y, efectivamente, había algo escrito en su interior: "AUTOBÚS 172. HORA:7:35. NOS VEMOS MAÑANA". Solo el descubridor de la tumba de Tutankamón sabía cómo se sentía Héctor en aquel momento. Sentía que acababa de descubrir un tesoro y, con solo pensar que al día siguiente conocería al autor de todas esas grullas, su gozo aumentaba de tal forma que apenas cabía en su pequeño cuerpo. Quería hacerle tantas preguntas... ¿Por qué hace grullas de papel? ¿Por qué las deja en el autobús?

El tiempo aquel día transcurría igual o más lento que durante el día anterior, aunque ahora tenía que emplearlo en inventarse una buena excusa para que su madre lo dejara subir en el autobús que pasaba antes del que él solía coger.

Y así fue cómo llegó el día siguiente. El pequeño estaba, si se podía, aun más nervioso que durante el día anterior. Se acercó, difícilmente dado que sus piernas no paraban de temblar, a la vez que sigilosamente a su sitio, actualmente ocupado por un chico algo mayor y de rasgos asiáticos. Ambos se miraron antes de que Héctor se sentara a su lado.

-Hola.- Saludó este tímidamente.

-¡Al fin nos conocemos!- Dijo el otro chico.

En el viaje de autobús más especial para Héctor, Zhu Chen, que así se llamaba el chico, le confesó que era de procedencia china y que su principal objetivo en la vida era hacer feliz a la gente.

-Pero, ¿qué tiene que ver todo esto con tus grullas de papel?

El chico, entre risas, le respondió que no fuera impaciente.

-Hay una vieja tradición china que consiste en coleccionar grullas hasta llegar al número mil. Una vez conseguido esto, estás preparado para pedir un gran deseo.

Entonces, Héctor lo entendió todo y recordó que, a día de hoy, poseía la friolera de 382 grullas. Aunque era consciente de que aún le faltaban muchas para llegar a mil, el pequeño ya tenía claro el deseo que iba a pedir: jamás separarse de este nuevo amigo que la vida le había regalado, una vida cuyo rumbo había sido cambiado por un autobús.